

Ilustración Artística



Artística

Año XXXI

BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1912

Núm. 1.583

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1912



FLOR DE OTOÑO, busto modelado por León Barnechea y ejecutado en mármol por Ramón Escardó

El Sr. Barnechea cuenta en la actualidad veintinueve años, fué discípulo del malogrado escultor Agustín Querol y en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid fué premiado con tercera medalla.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *En pos de la vida*, por Vicente Díez de Tejada. — *Marruecos. La rebelión de Fez.* — *Chalóns. Pruebas del aeroplano Michellín.* — *Solemnes rogativas en Píera.* — *Melilla. Rescate de dos niños.* — *Barcelona. Banquete en honor del Dr. Falp y Piana.* — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. El «Orfebé Catalá.»* — *La revolución de México.* — *París. Entierro del Sr. Brissón.* — *Libros.*

Grabados.—*Flor de otoño*, busto por León Barnechea. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *En pos de la vida.* — *Retrato pintado por Othón Friedrich.* — *Interior gitano*, dibujo de V. Carreres. — *Marruecos. La rebelión de Fez.* — *Pruebas del aeroplano Michellín.* — *El borracho*, cuadro de A. Fabrés. — *La Garduña*, cuadro de C. Vázquez. — *Rogativas en Píera.* — *Los niños rescatados.* — *Banquete en honor del Dr. Falp.* — *Madrid. El «Orfebé Catalá.»* — *La revolución de México.* — *París. Entierro del Sr. Brissón.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el naufragio espantoso del *Titanic* se ha verificado lo contrario que en la catástrofe del Bazar de la Caridad, en París, hace algunos años. En esta última, la mayoría de las infelices víctimas fueron mujeres. En el enorme navío, las mujeres y los niños fueron los primeros salvados.

En París, no existiendo una autoridad que pudiese frenar el instinto egoísta del varón, éste—perpetuamente sin embargo a las clases elevadas de la sociedad, que deben ser más cultas moral y materialmente—se lanzó a buscar una salida, para no ser pasto de las llamas, y la buscó atropellando y pisoteando cuerpos femeniles, abusando de su fuerza para adelantarse a las que corrían espantadas, como rebaño que se agolpa, y eran arrojadas al suelo sin compasión.

Y la reprobación fué universal, cuando se averiguó el hecho. Era, se decía, señal clara del escaso valor moral de las generaciones contemporáneas: era síntoma del desenfreno de los instintos bajos, ya no reprimidos por el sentimiento del honor y por los dictados severos de la conciencia. Hoy, al poder observarse, en el caso del *Titanic*, el fenómeno contrario, el sacrificio personal en aras del deber, ¿supondremos un cambio favorable del nivel moral del siglo? A mi parecer, no. Los que en el Bazar de la Caridad se portaron como bandidos, en el barco no hubiesen tenido más remedio que portarse como héroes, porque el capitán y los oficiales los amenazaban con sus revólveres, y llegado el caso, hicieron uso de ellos. Cuatro italianos, nos refiere la prensa, fueron muertos a tiros por querer lanzarse antes que nadie y fuera de su turno a los botes de salvamento.

La autoridad es necesaria, y la fuerza es lo único que resuelve ciertos conflictos... He aquí la moraleja que se desprende de la terrible tragedia, tal cual la relatan los diarios.

Pero añadamos también que la autoridad, para imponerse, necesita a su vez del prestigio moral. Si el capitán del *Titanic* no fuese hombre capaz de morir como murió, en su puesto y en el cumplimiento de su obligación si todos no creyesen que así sería, el revólver no le hubiese bastado para poner orden. Un revólver es una conciencia: y si no es eso, no es nada; es un arma como otra cualquiera, y una mano fuerte la inutiliza, torciendo la muñeca del que lo empuña. No fué el revólver, fué el sentimiento de la ley, de la razón, de la dignidad humana, lo que auxilió a ese capitán en la difícil tarea de contener al ciego miedo y al instinto de conservación desatado, en las horas críticas de las horribles tragedias...

Y sin embargo, hubo en esta pérdida del barco más enorme y más suntuoso del mundo algo de que es preciso acusar a quienes pudieron evitarlo y no lo hicieron. En el buque faltaban canoas de salvamento. Con suficientes canoas para todos, no se hubiese ahogado nadie. Esta es la grave responsabilidad de la Compañía, y más valiera que hubiesen tenido esos pasajeros canoas en buen número, que tanto jardín flotante, y tanto salón de esto y de aquello, y tantos refinamientos de todas clases para una travesía de seis días, en que realmente sólo hace falta seguridad, limpieza y un poco de esparcimiento, sin más requilorios.

Es muy frecuente este caso en el lujo moderno: a veces, entre los excesos de su exageneración, se nota la falta de lo esencial, de lo necesario para la vida... De eso vemos ejemplos a cada instante. En los hoteles de primera, donde el boato no es menor que a bordo de los transatlánticos, se carece, por ejemplo, de seguridad; se leen a menudo relatos de las fauñas de esos ladrones especiales llamados *rats d'hotel*, que se introducen en las habitaciones y se llevan lo que pueden. Y más valdría saber que no hay temor a tal contingencia, que poseer suntuosas cortinas, muebles elegantísimos y una multitud de perendengues que no se necesitan para nada y sólo compla-

cen en casa propia. Faltarán canoas a bordo del *Titanic*, y sobrarán palmeras, flores, hielo, y otras inutilidades bonitas, destinadas a justificar el exorbitante precio del billete...

También, según noticias, le corresponde su parte de culpa al capitán. El rumbo de la nave desvió hacia el Norte. ¿Sería su objeto ganar velocidad? Porque este pugilato de rapidez en las travesías es fruto de las competencias entre las líneas, pero puede dar lugar a algo semejante a lo ocurrido ahora. Cuanto más se acoercase al Norte el navío, mayor era el peligro de tropezar con los témpanos flotantes que, en esta estación, van como blancas montañas, navegando y desheliéndose según avanzan. El colosal *iceberg* se lanzó contra el titán de los mares, y los dos gigantes se embistieron... Pero el gigante ártico era más fuerte; la Naturaleza le había dado por arma su enorme peso, su volumen espantable. Apenas algunos fragmentos de hielo saltarían al mar, mientras el *Titanic*, herido en el flanco, debía agonizar horas, hasta sumergirse lentamente, á cuatro mil metros de profundidad, para dormir eterno sueño entre la calma profunda de la masa líquida que le sirve de lecho y de fosa...

En Madrid, al acercarse el verano, menudean las tentativas teatrales, las conferencias y las Exposiciones. De éstas, una muy interesante es la de las obras del eminente paisajista Beruete, muerto hace poco tiempo. Su viuda y su hijo, inconsolables, penetrados de piadoso culto a su memoria, se han apresurado a organizar la exhibición de su obra, que se realiza en los pabellones anexos al estudio del gran pintor Joaquín Sorolla, que está siendo visitada por todo Madrid, en este momento. La Exposición, que sólo estará abierta diez días, comprende 666 obras, que constituyen, nos dice el Catálogo, la tercera parte de la producción del artista.

Beruete, que era una conciencia pintando, ha roto e inutilizado muchos de sus paisajes, por entender que no estaban a la altura de lo que él soñaba, en su ansia de perfección al transcribir los aspectos de la Naturaleza.—Otros los ha vendido, o regalado. Yo poseo dos de lo mejor: uno de la primera manera, *La ribera de Vigo*, otro de la segunda, una vasta, majestuosa línea de cielo y horizonte. Con lo que se expone, sin embargo, ahora, se puede formar más exacto juicio del artista y de su evolución.

No ha afectado la evolución de Beruete a su sistema artístico, que es realista, sino a su factura, inspirada al principio en la de su maestro Haes, y después en la sencilla observación de lo visible y en su reproducción fidelísima. Cada paisaje de Beruete—paisaje rural o urbano—es un trozo de verdad, impecable. Si en algo ha ejercitado el autor la libertad de su fantasía, es en la elección de ese fragmento, en la cual suele guiarse un poético instinto de belleza. Nada falsea Beruete, pero elige, y nos presenta aspectos que provocan en nosotros la más honda emoción.

Hay otro motivo para ensalzar a Beruete, para atribuir a su labor toda la importancia de una revelación interesantísima. Es el cuidado con que se atiende a España, y la sensibilidad exquisita con que percibe sus diversísimos matices de originalidad y de hermosura propia. Queda todavía, después de la obra de Beruete, un inagotable tesoro desconocido que explotar en el paisaje de las regiones españolas; pero Beruete ha abierto el camino, y lo ha dejado tan expedito, que detrás de él irán sin obstáculos, en la dirección señalada, los regionalistas, descubridores de rincones donde la Naturaleza parece hablar ese lenguaje inefable que estremece el alma...

La larga labor de Beruete (interrumpida sólo por la muerte, en un cuadro que ha quedado sin terminar, pero que revela igual vigor y sentimiento de lo real que todos cuantos le precedieron), abarca a España entera. En Madrid, la Casa de Campo, los alrededores, varias veces y en distintos puntos; la Moncloa; las márgenes del Manzanares, caras a Goya; las grandes ramazones de los plátanos urbanos; el arroyo de Cantarranas; los pintorescos lavaderos; los pinos del Plantío de los Infantes, que son algo magnífico, de un color y una fuerza sorprendentes; las charcas que reflejan irisándolas las coloraciones del cielo; la caída de la hoja; el aspecto invernal de los despojados árboles; las carretas castellanas, enormes, típicas—Beruete hubiese sido un gran *animalista*;—los cipreses de la Florida; el paisaje nevado en las cercanías de la capital; la Plaza de las Salesas, en un día de nieve; los desmontes; los eucaliptos; la casa de Goya; el Arroyo de la Bruja; los cementerios; el depósito de Aguas; los barrios olvidados; la característica Pradera de San Isidro; las sombrosidades de el Pardo; el camino de Fuencarral, por donde vienen a la urbe tantas hortalizas y tantos gentiles re-

baños de cabras; la aridez amarilla de las tierras de laboreo; la Pradera del Corregidor; la perspectiva de Madrid desde la Fuente de la Teja; la iglesia de San Francisco, desde la ribera del Manzanares; las dehesas de la Villa; el alto de la célebre Cuesta de las perdices; los extraordinarios, bellísimos «Espinosa en flor», los puentes..., y tantas y tantas páginas sueltas del Calumniado, mal comprendido paisaje madrileño... ¿No es verdad que esta lista de las impresiones pictóricas de Beruete, parece evocar asuntos de tapices goyescos? Para Goya, también existían las perspectivas de Madrid; también la Sierra y el Manzanares, turbio de jabón, tuvo especial encanto. Pero Beruete, más severo que el Sordo, de quien era apasionado, no tomó el paisaje de Madrid por campo de su fantasía. Lo pintó estrictamente como lo vió; y, cuando surgieron ante sus ojos esos divinos almendros que son un ramillete temblante de primavera, o esos espinos que parecen nieve vivificada por el soplo de Flora, entonces la mayor magia de colorido y de sugestión brotó de este pincel prendado del asunto.

Viajero incansable por España, a sus impresiones madrileñas unió las recogidas en las cumbres de la Cordillera Cantábrica, en las cercanías de Alsasua tan gayas y verdes, bajo la intensa luz de Mallorca, en sus costas, en las orillas del Eresma, en San Vicente de la Barquera, en Segovia, en Valsain, en la Granja, en Cercedilla, en Lequeitio, en el Escorial, en Santander. Especial predilección consagró a Galicia y a Toledo. A Galicia pertenecen los estudios de la Ribera de Vigo, de sus mareas bajas, con la nota del verdor delicioso de las algas húmedas, en contraste con el negror de las peñas; de los mercados gallegos exuberantes de colorido, de las incomparables orillas del Avia, de Sada y sus contornos. A Toledo corresponde una parte muy considerable de la obra. Nunca se cansaba Beruete, atraído hacia Toledo por la riqueza de arte y de recuerdos que hacen tan notable a esta ciudad, de tomar apuntes de ella, de registrarla, de empaparse de su austera y original fisonomía. Así reprodujo reiteradamente las orillas del padre Tajo, el puente de Alcántara, el de San Martín, la vista de Toledo desde los Cigarrales, el célebre castillo de San Servando, los Cigarrales mismos, las huertas fértiles regadas por los cangilones de las norias, las ventas, los rodaderos, las torcidas calles, los baños de la Cava, la huerta del Cristo, y la espléndida perspectiva, tratada ya por el Greco, de la imperial ciudad vista desde la Virgen del Valle.

Otros lugares de predilección fueron, para Beruete, Granada, Ronda, Gibraltar, Segovia, Sigüenza, y sobre todo Avila, que retrató en su panorama austero, en sus huertas, en sus murallas rudas y dramáticas, en sus agostadas eras, en su traza castellana cerrada, firme, con vistas al cielo. Pero la mayor novedad de los estudios de Beruete, fué la inexplorada Cuenca. En esta ciudad y sus cercanías encontró algunas de las cosas mejores que produjo. Como sabemos de sobra que no mentía Beruete, que ni siquiera exageraba, nos detenemos entusiasmados ante el bello fragmento de las murallas de Cuenca—una orgía de color ardiente, meridional, que me recordó la soberbia entonación de Orihuela, vista en un día cálido y tempestuoso.—Cuando se tiene la sinceridad genuina y noble de Beruete, se descubren tierras por nadie sospechadas antes; y en cambio, rara vez asoman, en la obra de Beruete, preferencias hacia los lugares ya demasiado conocidos del público, demasiado admirados por los turistas. Se diría que repugna a su espíritu la explotación del sitio ya famoso, la reedición centésima del canal de Venecia a la luz de la luna, o de la reja enramada, o de los jardines muertos, de aristocrática melancolía. Si alguien repugnó la mezcla del elemento literario con el puramente artístico, fué sin duda Beruete. No quiso poner, en sus paisajes, idea alguna. La vista, el color, la línea, la luz. Habrá que pensar..., pero, ante todo, hay que mirar y reproducir.

Y es un grande, un glorioso artista el que se nos aparece, en su plenitud de fuerza, en la Exposición a que vengo refiriéndome. La realidad palpita en esos lienzos que anima, infatigable, un aliento de amor a lo que es, a la sencillez sublime de lo natural. El arte no necesita más que eso: puede, sin embargo, y hasta debe (si el artista, al hacerlo, obedece a su temperamento, a su sensibilidad especial) salirse de lo real estricto, dar alas a su imaginación, idealizar: pero siempre será esto peligroso en pintura, forma del arte que exige lo concreto, y que de la verdad ha sacado sus mejores triunfos,—porque aun los pintores como el Greco y como Goya, de lo real extrajeron la substancia de sus sueños y de sus simbolismos...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EN POS DE LA VIDA, POR VICENTE DÍEZ DE TEJADA, dibujo de Carreres



Llegó Manuel, sudoroso, como si en vez de en el auto hubiera recorrido a pie la larga distancia

Pepa, la cocinera, era hermana de pecho de mi prima Cruz—¡aquella hermosísima prima a quien yo amé tanto!,—hija de mi tía la marquesa de la Peña-Calderón, descendiente del famoso D. Rodrigo, marqués de Siete Iglesias, de cuyo orgullo tanto hablan las crónicas; prócer ilustrísimo que, con entereza de héroe y aun de semidiós, pasó del todo a la nada y de los esplendores de la vida a las tinieblas de la muerte.

Y digo yo esto aquí, «no por nada» ni para sacar a relucir los altos timbres de mi abolorio y linaje, sino porque hablando de Mari Cruz se me ha venido ello a los puntos de la pluma; y para que el resto de mi narración, en la que tantas personas de pro intervienen, no se juzgue desaparejado de su principio por esto de comenzar hablando de una cocinera. También declararé, ¡qué diantre!, que me satisface un poquillo hablar de esto del abolengo.

Unidas por este dulce lazo—hidrogala libada en el mismo vaso mirrino—Crucita y Pepa habían sido amigas desde la cuna, salvando, claro está, las distancias, que mis tíos los marqueses tenían buen cuidado de amojonar con blancos cipos blasonados, de esos que se ven desde lejos.

Ambas niñas crecieron juntas, y juntas convivieron bajo los techos del caserón montañés durante toda su puerilidad y aun durante lo que hemos dado en llamar segunda infancia: preadolescencia a la que la divina pubertad pone fin.

Mi prima Crucita y Pepa se habían educado en el pueblo, y como mi tía no estaba por esos requirios de internados ni de garrambainas, las dos muñecas recibieron enseñanza cristiana y sólida en el convento de Pomares, de madres Escolapias, donde las cendolillas aprendieron doctrina, geografía, historia y otras hierbas espirituales; a escribir con cla-

ra, dura y castiza letra española, arrancada de las pautas de D. Andrés de la Peña-Calderón, mi abuelo, gran calígrafo, también algo Siete Iglesias; a coser con invisibles pespuntos y a labrar con primor inusitado. De francés, ni el *güt, mosü!*, y de solfeo, y esto únicamente mi prima, el Eslava de cabo a rabo, enseñado por D. Leandro, el organista, que de Dios goce, pues ya es muerto.

Mayorcitas ya las muchachas y hecha su primera Comunión, tomó Pepa posesión del cargo de doncella de la señorita; y al empezar a ejercerlo, ésta—la señorita,—por imposición chinchorrera de unas linajudas parientes de la corte, se fué a los Madriles a pasar siquiera media docena de años en el Sagrado Corazón, en el casón de los Medinaceli, junto a San Antonio del Prado, donde habrían de estudiarla, esmaltarla, nielarla y no sé si cincelarla y buirla.

Por de pronto, hiciéronla perder su hermosa y clara letra española; aquella letra que Iturzaeta y Torfo de la Riva prohijarían gustosos, dándole otra bastarda y angulosa, que, como no fuera a ambición, maldito a lo que sabía.

¡Adiós, insignes pendolistas españoles, pintores del carácter de toda una raza!

Pasaron los seis años—diez y ocho tenía ya mi riquísima prima: capullo de nieve y de rosa engarzado en oro,—y con más habilidades que una mona sabía regresó la niña a sus lares, no ya en la montaña, sino en la mismísima villa y corte, donde mis tíos habían montado casa, en la recién adquirida de un título arruinado, allá por el Conde Duque, cerca de los Incurables. Un caserón antediluviano, que parecía haber sido arrancado a las tierras montañosas y trasladado a aquellos andurriales por arte herética, suavizadora de las nostalgias y añoranzas de mi noble tía.

Pepa, en tanto, habíase también doctorado en las artes difíciles de la plancha, con nota de *némine discrepante*, o aburante, que es lo del caso; y en las no más fáciles de *re coquinaria*, llegando a ser una *savarina* lo bastante aceptable para lograr el *régium exequátur* de D. Mariano, el celeberrimo doctor Thebussem, visita de la casa, de quien aprendió no poco, y entre ello, a heñir y cocer los célebres alfajores de Medina Sidonia, gemelos de los que se consumen en el paraíso de la Huerta de Cigarra.

Como ni Crucita ni Pepa habían nacido para monjas, y bien se veía que no las llamaba Dios por tal camino, ambas tomaron pronto estado; casándose, mi prima, con el marqués de los Carabeos, montañés como ella; y Pepa, con Manuel, el cochero de mi tía, madrileño, recién entrado al servicio de la casa, con los mejores informes del mundo; chico listo, tan listo, que de *garage* en *garage*, en sus horas de asueto, había recogido el título de *chófer*, extendido por el claustro libre de sus camaradas en lo futuro; pues él, como el Gran Romántico, también preveía que esto, el *taf-taf*, mataría a aquello, los carricoches; y valía la pena de asegurarse y de prevenirse, por si venían mal dadas.

¡Y tanto como vinieron, aunque no para él! Como que mi primo, el marqués de los Carabeos, al ver que Crucita tiraba de Pepa, vió el cielo abierto, tirando él también de Manuel, obteniendo con esto un buen *chauffeur*, y de absoluta confianza, que no es poco lograr.

Casáronse Crucita y Pepa, como he dicho; y casáronse el mismo día, como digo ahora; y naturalmente, como los pedidos se hicieron con la misma fecha, la gran fábrica de París, diez meses después, remitió a los flamantes matrimonios sendos niños, rollizos y hermosos, llegando el de Crucita horas antes que el de Pepa, con gran satisfacción y contento de mi tía ante la atención de los gabachos, dando la preferencia a la señora.

Llamáronse los nenes Lito y Lolo, ó sea: Manolito, mi sobrino segundo, y Manolo, el hijo de Pepa, tomando nombre del de sus padres, pues así se llamaba también mi primo, aunque creo que no lo he dicho: Manuel María de la Llosa y Gutiérrez del Páramo.

Los niños nacieron en Madrid y en febrero, día de Santa Brígida, cuando «asoman la cabeza las sabbandijas;» y al llegar julio, con sus estuosos ardores, mi tía se encerró en su caserón de Pomares, y mis primos, con Pepa y respectivas familias, se refugiaron en su palacio de la Llosa, en plena montaña, retiro delicioso, con el solo inconveniente de su aislamiento, pues se llegaba a él por interminables espiras de carretera, que serpenteaba ascendiendo, aparentando no acabarse nunca, como si a lo infinito condujera. Verdad es que con el auto de Manolo en dos horas se ponía uno en la villa; y en cuatro, en la capital, siempre descendiendo, como si se despeñase desprendido de las nubes. La vuelta era algo más penosa.

Allí se estaban mi prima y su inseparable Pepa, entregadas a los dulces goces y prolijos cuidados de la maternidad, sin añorar el mundo, que, por serlo, para ellas, sus hijos, lo poseían por entero; y allí pasaban plácidamente los meses estivales, con un frío de primera—materia para todas sus cartas,—mientras mi primo el de los Carabeos estiraba un poquito las piernas por Ginebra y por Ostende, contemplando la *Jungfrau* en Suiza y otras *fraus* más o menos *jungs*.

Una mañana—y aquí comienza lo malo,—Lito, el hijo de Crucita, empezó a ponerse impertinente, amodorrado, destemplado; y aunque Pepa creía que todo ello dependería de un asiento, que desaparecería con un jarabe purgante «para un niño de un año» (siempre hay que decir algo más para que el boticario cargue la mano), Cruz tocaba ya el cielo

con las suyas creyendo que por allí venía la fin del mundo.

Bajó Manuel con el auto, a la villa, en busca del jarabe en cuestión, y del médico, por lo que pudiera tronar; y aunque el chico salió a las doce, no pudo regresar hasta las cinco, con el lamedor y sin el médico, pues éste había salido a Campaniles a asistir a una desventurada campesina, corneada por



Retrato pintado por Otón Friedrich
(Exposición de los Secesionistas vieneses, Munich, 1912)

una vaca celosa, quizás en algún amurco inconsciente de la paciente bestia.

Manuel, sin embargo, había dejado aviso en casa del facultativo para que, si regresaba pronto, subiera, a caballo, a la Llosa; y si no, para que esperase noticias a la mañana siguiente.

El niño seguía mal; no para alarmar, precisamente; pero mal. Y lo raro del caso fué que el otro, Lolo, el hijo de Pepa, de repente, había comenzado «a echar por boca y narices,» poniéndose también calenturiento, como Lito. Algo, indudablemente, que habían comido las madres y que no había sentado bien a los hijos...

Partióse el purgante y fué administrado a los nenes a cucharaditas, que una vez vertidas en la boca había que recoger de la barbilla, pues no querían o no sabían deglutirlas los mamoncillos.

Al amanecer ya estaba Manuel camino de la villa, y entre diez y once de la mañana llegaba el auto a la Llosa, con D. Gaspar, el médico.

Aquello no era nada. Una ligera indisposición propia de la puerilidad. Poca temperatura, y eso que los chiquillos se plantan en los 40, y aun más, por

una sencilla efímera, una fiebre nerviosa... El vientre, bien; el pechecito, bien; la cabecita, bien; el iris funcionaba—había que tener cuidado con la pícara meningitis;—los vómitos de Lolo no eran, pues, cerebrales... Nada; lo que se dice nada. Sin embargo, recetaría alguna cosilla para rebajar la fiebre; y si la señora marquesa lo juzgaba oportuno, enviárale a buscar allá a la tarde, que él volvería para dar un vistazo. Tranquilizarse.

Vuelta Manuel a la villa, a dejar el médico en su casa y a subir la pócima; y vuelta a bajar a prima noche, pues los niños, al parecer, empeoraban. Ya era tarde cuando el auto regresó con el médico; y éste, nada, que no veía nada; impaciencias maternas; la cosa seguía su curso..., y como no tenía que hacer allí abajo, quedaríase en la Llosa aquella noche, para tranquilidad de la señora. ¡A ver quién se atreve, estando el médico en casa!.

¡Algo, y algo muy horrible, *se atrevió*, sin embargo! Sería cerca del alba cuando Crucita notó que Lito tosía y roncaba. Pero roncaba de un modo extraño: así como si tuviese un pito destemplado en la garganta..., «como aquellas gallinas que Pepa había matado el día anterior para que no infectaran el gallinero...» Dejó a la doncella al lado del niño y corrió a ver a Pepa, y halló a ésta poniendo a Lolo una torrada de pan con vinagre en el cuello, pues su niño también tosía y también roncaba. ¡San Blas bendito! ¡Aquello eran anginas! Despertaron al médico y éste se levantó sobresaltado... ¿Cómo a él no se le había ocurrido?... Miró la boquita de Lito, oprimiéndole la lengüecita con el mango de una cuchara, y vió, ¡cielo santo, no eran aftas aquello!..., vió que el niño tenía la garganta llena de placas, de membranas diftéricas... ¡Aquello era la difteria!... ¡El garrotillo!... Lolo estaba invadido también... ¿Quién había llevado aquello a aquella casa? ¡Difteria en la Llosa, donde jamás se había conocido!.

—A escape, Manuel: al pueblo, a la botica; que le den esto, volando; no hay más esperanza que esto... Tome este papelito; diga a D. Lesmes que le dé lo que tenga y que pida más por telégrafo en cuanto se abra la estación... Ya está usted aquí... ¡Ah! En mi casa, que le den la jeringuilla, la que traje de Santander cuando el perro mordió al Morcajo... Ya sabe mi mujer dónde está... ¡Corra!... ¡Vuele!... Mientras tanto, venga azúcar, limones, un pincel... Hay que limpiar esto, aunque sea con las uñas... ¡Dios mío!... ¡Dos casos fulminantes!.

Llegó Manuel, sudoroso, como si en vez de en el auto hubiera recorrido a pie la larga distancia que separaba el pueblo de la Llosa... Recibieron las madres angustiadas, enloquecidas, y el médico, turlato. Los niños se ahogaban.

—Venga el paquete; afuera papeles; el frasquito. ¿Cuántos trae? ¿Dos?

—Dos. ¡Los únicos que tenía!.

Y se oía el rasgar de envolturas, crujiendo el papel de seda como si fuese hojas de acero; y cuando con un rápido movimiento libró D. Gaspar, al frasco, de toda su impedimenta, quedóse pálido, rígido, como si un rayo acabara de caer a sus pies... ¡En vez del ansiado suero antidiftérico Roux, recibía suero *antirrábico*!.

—¡Dios mío, el de los inexcrutables caminos! ¡Ten misericordia de nosotros!.

No he de describir lo que allí ocurrió entonces. Crucita y Pepa sintieron morir. Manuel rugía. El médico sollozaba... Sobreponiéndose a su emoción, D. Gaspar trató de quemar el último cartucho.

—¡A ver!, dijo. El todo por el todo. De aquí a Santander hay, en automóvil, cuatro horas; cuatro, y cinco de volver, nueve; una pérdida, diez... Diez horas, es la muerte... La mitad, quizás sea la vida... ¡Manuel, el auto, listo! Ustedes, señoras, cojan los niños, bien abrigados; ¡a Santander con ellos! A la clínica de Fontecha, mi primo... Vámonos todos... ¡Es el único recurso que nos queda!.

Y las madres, fieras, enloquecidas, arrancaron a sus hijos de las cunas, huyendo con ellos, como se huye del fuego; pero de un fuego que persigue: el de las propias ropas incendiadas, y se lanzaron al coche con el médico, pensando en la catástrofe horrible. ¡En la muerte, representada por una *panne*!.

—¡Manuel, por Dios!, dijo mi prima.

—¡Por Dios, Manolo!, añadió Pepa con toda el alma. Y salió el automóvil monte abajo, desenfundado, en busca de la salud, en demanda de la vida...

Al pasar el carruaje—como un rayo—por un paso a nivel, la guardabarrera, mientras oteaba sus gallinas, dirigió una mirada de odio a aquella máquina infernal, que en su seno llevaba la angustia, el dolor y la muerte; y clavando el puñal de sus ojos encarnizados en los señorones que iban dentro, escupió esta blasfemia: «¡Para ellos es la vida!... ¡Para esos sí que no hay penas!...»



INTERIOR GITANO, dibujo de V. Carreres

MARRUECOS.—LA REBELIÓN DE FEZ



Fez.—Las murallas de la ciudad alta. (De fotografía de Harlingue.)

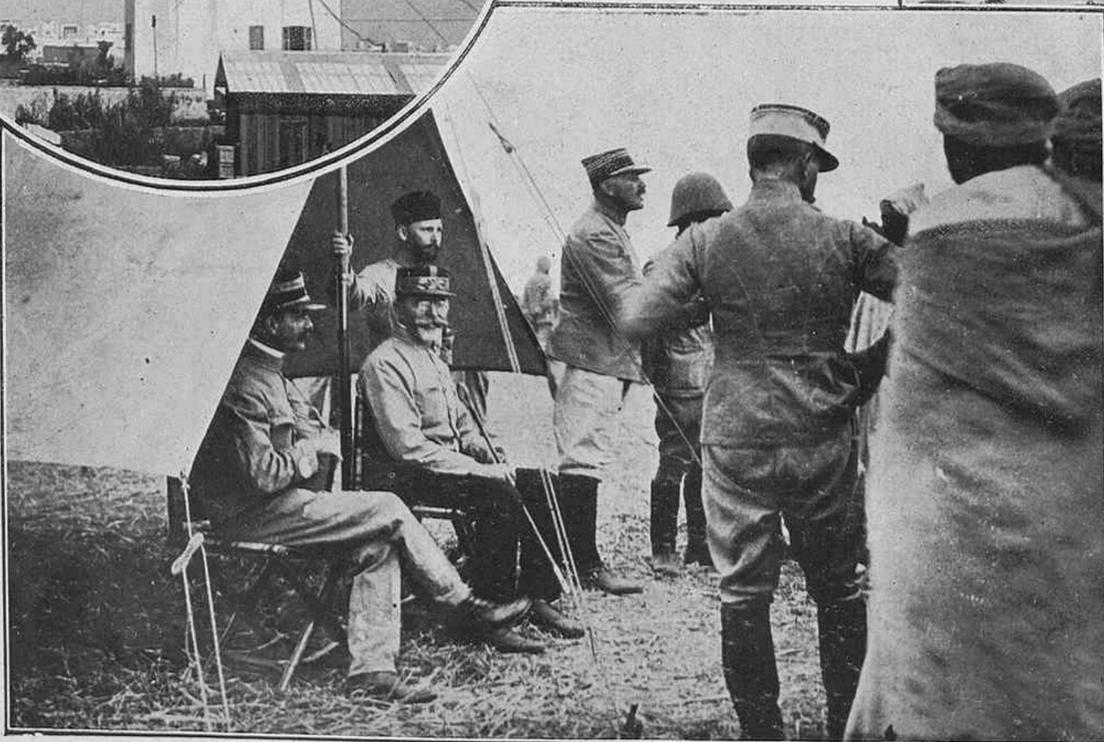
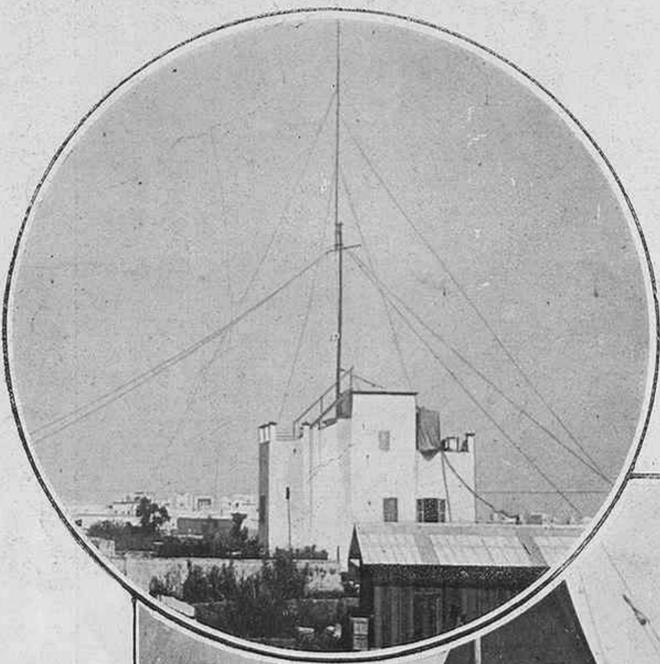
El día 17 de los corrientes estalló en Fez, la capital del imperio marroquí, una rebelión sangrienta, que ha causado numerosas víctimas y que, a pesar de haber sido prontamente sofocada, reviste grandísima importancia como síntoma de la enemiga mortal del elemento indígena contra los franceses.

He aquí a grandes rasgos el relato del movimiento.

Al mediodía presentáronse en el palacio del sultán unos cuarenta soldados indígenas para protestar de ciertas modificaciones introducidas en su organización. Recibidos por El Mokri, pidieron en forma violenta que los llevaran a la presencia del

sultán, quien recibió a una comisión de cuatro de ellos y les recomendó la calma. Al salir los comisionados, dieron la señal de rebeldía asesinando a su capitán y muy pronto viéronse secundados por varios tabores que dieron muerte a sus instructores, oficiales franceses.

Los amotinados, cada vez más numerosos, se diseminaron por la ciudad y comenzaron



Fez.—Estación de la telegrafía sin hilos en donde fueron asesinados tres telegrafistas franceses. (Fotografía de Rol.)—El general Moinier y su Estado Mayor. (Fotografía de Harlingue.)

a atacar principalmente las residencias de los franceses, muchos de los cuales fueron asesinados después de haber opuesto enérgica resistencia a sus agreso-

los ojos, le dan una significación de gravedad suma y que puede ser de gran trascendencia para el porvenir.—S.

res. Entre estas primeras víctimas contáronse tres telegrafistas que hubieron de sucumbir después de haber sostenido cuatro horas de fuego contra los que los tenían sitiados en la estación de telégrafos.

La rebelión quedó circunscrita, en un principio, al barrio de Fez-Yedid, en donde están las cárceles, que los amotinados abrieron, y en donde vive la hez de aquella población; desde allí la soldadesca invadió el Mellah, barrio judío, saqueando las tiendas y asesinando a gran número de sus habitantes. Los extranjeros, en gran parte se refugiaron en el consulado y en la residencia francesa, en el consulado británico y en el mismo palacio imperial.

A poco de haber estallado la sedición, acudieron a Fez las tropas francesas acampadas cerca de las murallas, en Dar-Debigag, las cuales pudieron entrar en la población no sin haber tenido que sostener rudos combates. La lucha continuó en los días 18 y 19, y en este último, la llegada de los refuerzos procedentes de Mequinez permitió a los franceses emprender una enérgica ofensiva y acorralar a los sublevados en la Kasbah de Cherarda. Atacada ésta vigorosamente por la artillería, el núcleo principal de los rebeldes hubo de ren-



Fez.—El Mellah, barrio judío que ha sido saqueado por los rebeldes. (De fotografía de Harlingue.)

dirse; otros muchos lograron escapar al campo u ocultarse en las casas.

La tranquilidad material quedó restablecida el día 20, y el 21, cuando llegó a Fez, procedente de Tiflet, el general Moinier con nuevos refuerzos, la rebelión estaba totalmente sofocada. Dicho general acampó en Dar-Debigag y de acuerdo con el ministro de Francia Sr. Regnault, adoptó en seguida las medidas necesarias para imponer a los rebeldes el condigno castigo.

Los sucesos desarrollados en Fez han causado numerosas víctimas: quince oficiales y cuarenta soldados muertos; cuatro oficiales y setenta soldados heridos; trece franceses y cincuenta judíos muertos y unos treinta judíos heridos.

La rebelión ha revestido un carácter marcadamente antifrancés, y esta circunstancia y los rumores que circulan de que a ella no han sido ajenos algunos altos funcionarios de Majzén y de que el propio sultán no la ha visto con ma-

CHALÓNS.—PRUEBAS DEL AERO-BLANCO MICHELÍN. (Fotografías de M. Rol.)



El teniente Mailfert en biplano Farmann

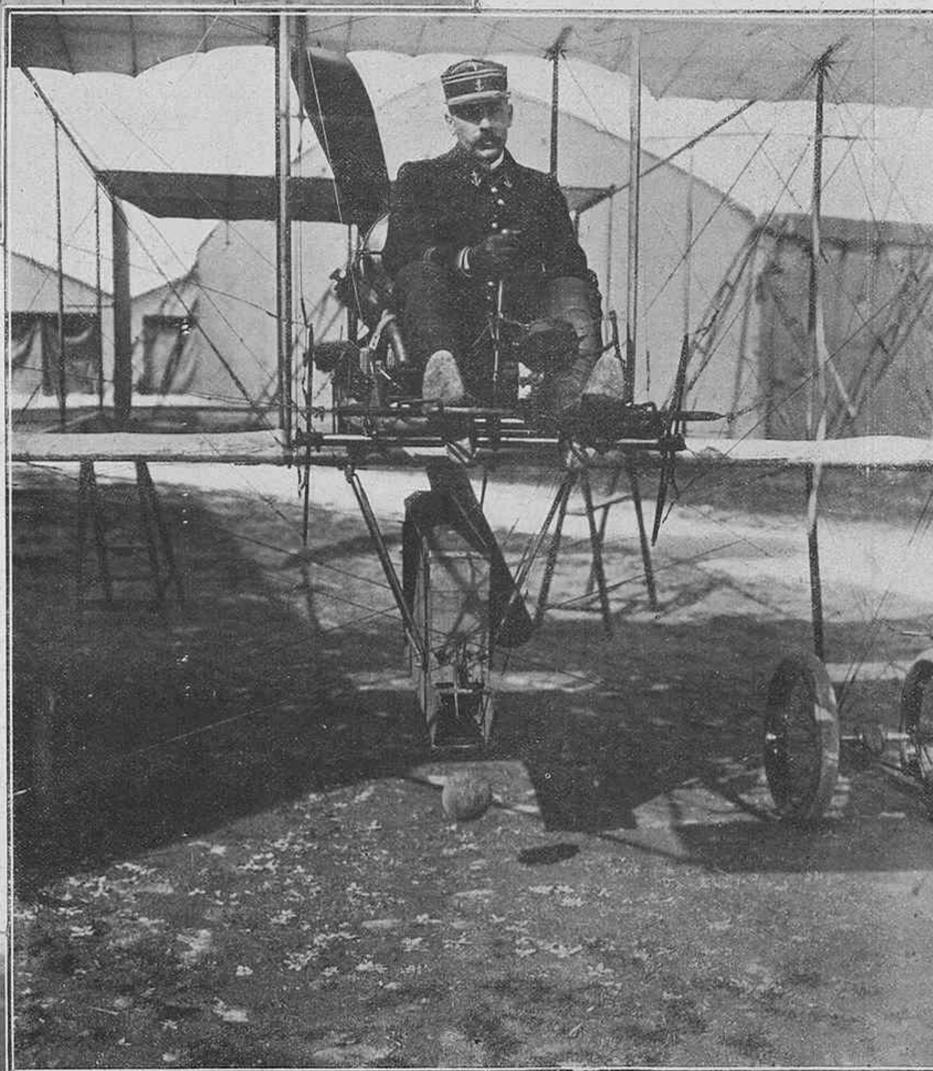
En la fotografía puede verse cómo se hace la puntería para lanzar los proyectiles

El día 19 de este mes efectuóse en el campo de Chalóns la primera prueba oficial del aero blanco Michelin que hubo de aplazarse por causa del mal tiempo, hace un mes, según dijimos en el número 1.579 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, cuando publicamos las vistas del blanco y de la caseta destinada a los jurados.

La prueba, que podrá reproducirse hasta el día 15 de agosto próximo, consiste, para cada concurrente, en lanzar uno a uno 15 proyectiles reglamentarios, de 15 centímetros de diámetro y de 7.100 gramos de peso, durante un solo vuelo de 50 minutos a lo sumo y desde una altura mínima de 200 metros.

El blanco lo forman una serie de estacas situadas a dos metros una de otra, tangentes a una circunferencia de 20 metros de diámetro y unidas entre sí por medio de una cuerda. El terreno del blanco se destaca perfectamente del que lo rodea por estar cubierto de una capa de yeso, gracias a lo cual es perfectamente visible desde una gran altura.

Una vez terminado el plazo de las pruebas, es decir, después del 15 de agosto, se concederá un premio de 50.000 francos al aviador que haya colocado mayor número de proyectiles en el blanco. Además



El teniente Bousquet, en biplano Farmann, haciendo funcionar su aparato lanza-bombas antes de emprender el vuelo.

En la mañana del citado día 19, Mailfert y Bousquet realizaron un ensayo cada uno. El primero partió con quince proyectiles, de los cuales lanzó dos dentro del blanco; la duración de su vuelo fué de 38 minutos y la altura de 250 metros. Con él iba el capitán Couade, inventor del aparato de puntería. Bousquet, que partió también con quince bombas, hubo de soltar diez para poder elevarse y lanzó las cinco restantes sin resultado; voló durante 47 minutos y a una altura de 250 metros. Por la tarde, Bousquet emprendió el vuelo, pero descendió después de una vuelta sin haber arrojado ningún proyectil; Mailfert, acompañado también del capitán Couade, voló durante 39 minutos a 250 metros y colocó un proyectil en el blanco.

El teniente Mailfert, a quien corresponde el honor de esta primera jornada, fué muy felicitado, especialmente por los militares que presenciaron las pruebas.—R.

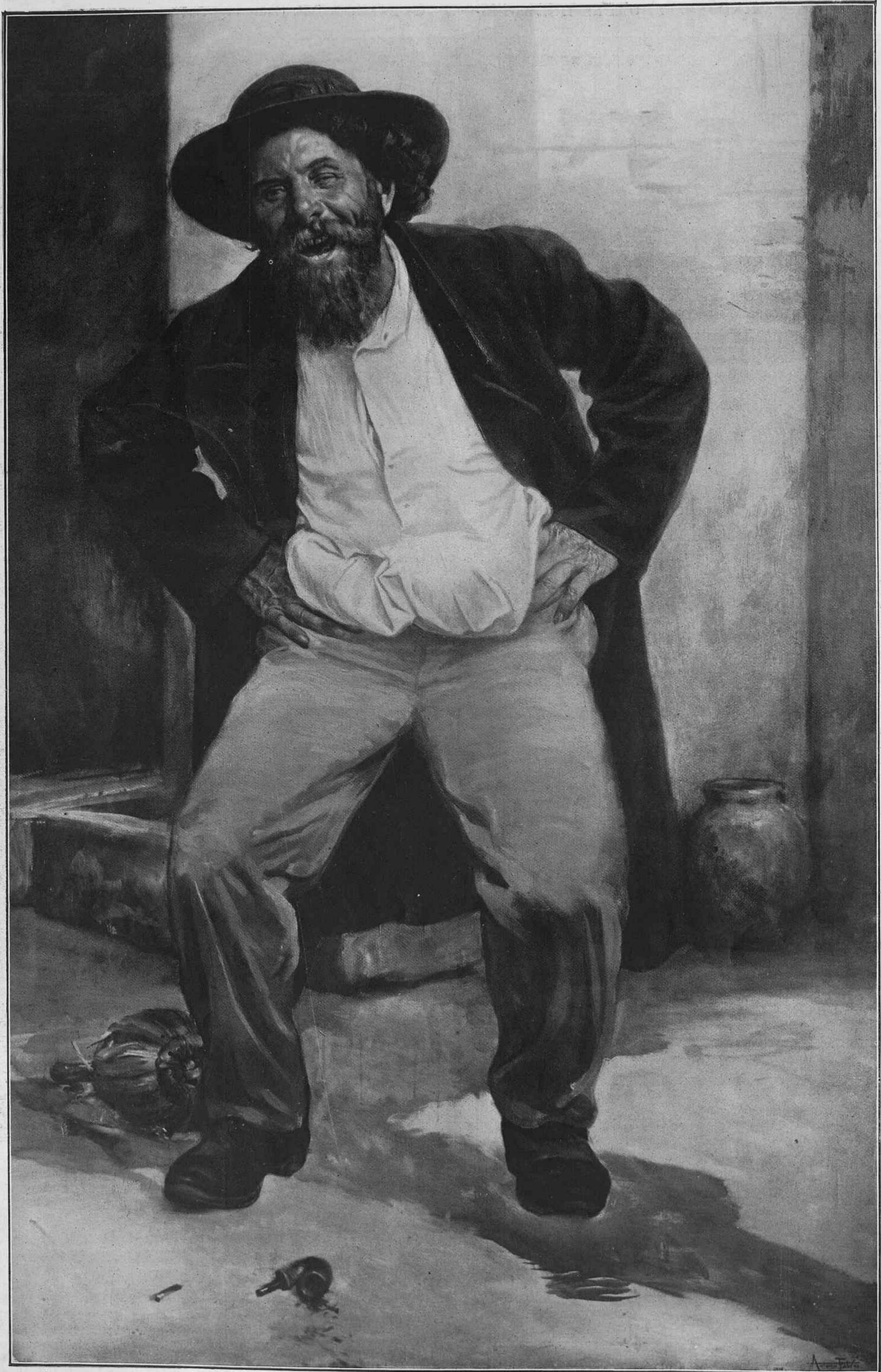


Soldado desenterrando uno de los proyectiles lanzados desde el aeroplano y caído fuera del blanco

se distribuirá un premio de 10.000 francos entre los constructores de todos los aparatos que hayan servido para la regulación del tiro en las pruebas efectua-

das. Estos aparatos, para poder optar al premio, han de comprender todos los instrumentos especiales utilizados en el lanzamiento: alzas, miras, distribuidores, indicadores de velocidad, de altura, de inclinación, etc.; y ninguno podrá ser premiado si no ha sido empleado en tres tiros efectuados en las pruebas del aero-blanco Michelin.

Para tomar parte en esta primera prueba de lanzamiento de proyectiles se habían inscrito el teniente Mailfert, en biplano Farmann; el teniente Bousquet, en biplano Farmann; el alférez Lafon, en biplano Sommer, y Gaubert, en biplano Astra; pero estos dos últimos se retiraron por no tener dispuestos sus aparatos. Para el concurso de aparatos lanza-proyectiles se ha presentado un solo concurrente, el teniente norteamericano Riley Scott, en cuyo aparato nos ocupamos en el número 1.572 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



EL BORRACHO, cuadro de Antonio Fabrés

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1912



LA GARDUÑA

cuadro original de Carlos Vázquez

SOLEMNES ROGATIVAS EN PIERA

Para impetrar del cielo el beneficio de la lluvia que salve las cosechas tan comprometidas por larga y pertinaz sequía,



Piera (Cataluña). Solemnes rogativas para impetrar del cielo el beneficio de la lluvia.— El pueblo en la Plaza Mayor oyendo la misa celebrada en un balcón de una casa.

celebráronse el domingo, día 21 del actual, solemnes rogativas en la villa de Piera, de la provincia de Barcelona, habiendo presidido la ceremonia el prelado de esta diócesis Dr. Laguarda.

Desde las primeras horas de la mañana, reinaba en la población inusitado movimiento, pues continuamente llegaban a ella, en carros, en tartanas y a pie, numerosas comitivas

ella los gonfalones y cruces parroquiales de todos los pueblos comarcanos, las cofradías y hermandades con sus banderas, dos orquestas y el orfeón parroquial con sus tres secciones, que entonaban alternativamente con los sacerdotes y demás fieles preces implorando el favor de la lluvia; el clero todo del arciprestazgo, que cantaba el salmo *Misere-re*, y, llevado por sacerdotes, el Santo Cristo de Piera, milagrosa imagen que

condujeron a los niños al Avanzamiento y desde allí a Melilla, en donde se alojaron en casa del antes citado capitán señor Barbeta.

La niña Petra tiene un brazo paralizado a consecuencia de un balazo que recibió el día que fué hecha prisionera.

BARCELONA

BANQUETE EN HONOR DEL DR. FALP Y PLANA

La Liga Vegetariana de Cataluña obsequió el día 21 del actual con un banquete a su presidente y fundador el doctor



Solemne procesión en la que iba el Ilmo. Sr. obispo de Barcelona Dr. Laguarda.—La imagen del Santo Cristo de Piera. (Fotografías de nuestro reportero Merletti.)

data del siglo VIII, que sólo se saca procesionalmente en casos de gran sequía y que hacía doce años que no había sido sacado para este objeto. Detrás del Santo Cristo iban todas las autoridades y el señor obispo.

Al llegar a la Plaza Mayor, en donde se había levantado un púlpito, el P. Miguel de Barcelona pronunció un elocuente sermón evocando las palabras pronunciadas por el Redentor en la Cruz: «Tengo sed»

Terminado el sermón, la procesión regresó a la iglesia para depositar en ella el Santo Cristo.

MELILLA. — RESCATE DE DOS NIÑOS

PRISIONEROS DE LOS MOROS

Merced a las gestiones realizadas en gran parte por el capitán Barbeta, que tanto contribuyó también al canje de prisioneros efectuado no hace mucho tiempo, han sido rescatados dos niños que estaban en poder de la jarka enemiga desde el mes de enero último.

Estos niños, Petra y Francisco González, de catorce y seis años respectivamente, fueron hechos prisioneros por una pandilla de moros que después de asesinar a sus padres, los llevaron al campamento del caíd Amar de M'Talza. Allí fueron muy bien tratados, porque el referido caíd, lo mismo que el Mizzián, prohibieron bajo pena de severos castigos que se les molestara.

Falpy Plana con motivo de haber éste publicado el libro «La mesa del vegetariano» y haber inventado varios productos



Melilla — Los niños Petra y Francisco González que los moros tenían prisioneros y fueron rescatados el día 14 del actual, merced a las gestiones del capitán Sr. Barbeta. (De fotografía de Antonio Rectoret.)

procedentes de todos los pueblos del partido, con sus cruces parroquiales y banderas. En un balcón de una casa de la Plaza Mayor celebró una misa, que fué oída desde la plaza por un gran gentío.

A las diez y media llegó el señor obispo, a quien recibieron el vecindario en masa, presidido por las autoridades, y las comitivas de los pueblos. El prelado, acompañado de las autoridades y de los Rdos. arciprestes de Piera y San Sadurní y de un público inmenso, encaminóse a la iglesia parroquial, en donde dirigió la palabra a los fieles que llenaban el templo, y desde allí a la casa rectoral, en la que se realizó una recepción.

Por la tarde efectuóse la procesión, que resultó imponente y a la cual asistieron más de 15 000 personas. Figuraban en



Barcelona.—Banquete organizado por la «Liga Vegetariana» en honor de su fundador y presidente, el Dr. D. J. Falp y Plana. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

La entrega de los pequeños cautivos efectuóse al otro lado del río Mehela, en las cercanías del Texdra, por el propio Amar, que, acompañado de otros jefes de la jarka, los condujo a nuestro campamento. El caíd avanzó saludando a los oficiales españoles y diciendo que el acto que realizaba no tenía el carácter de rescate sino de entrega sin condiciones.

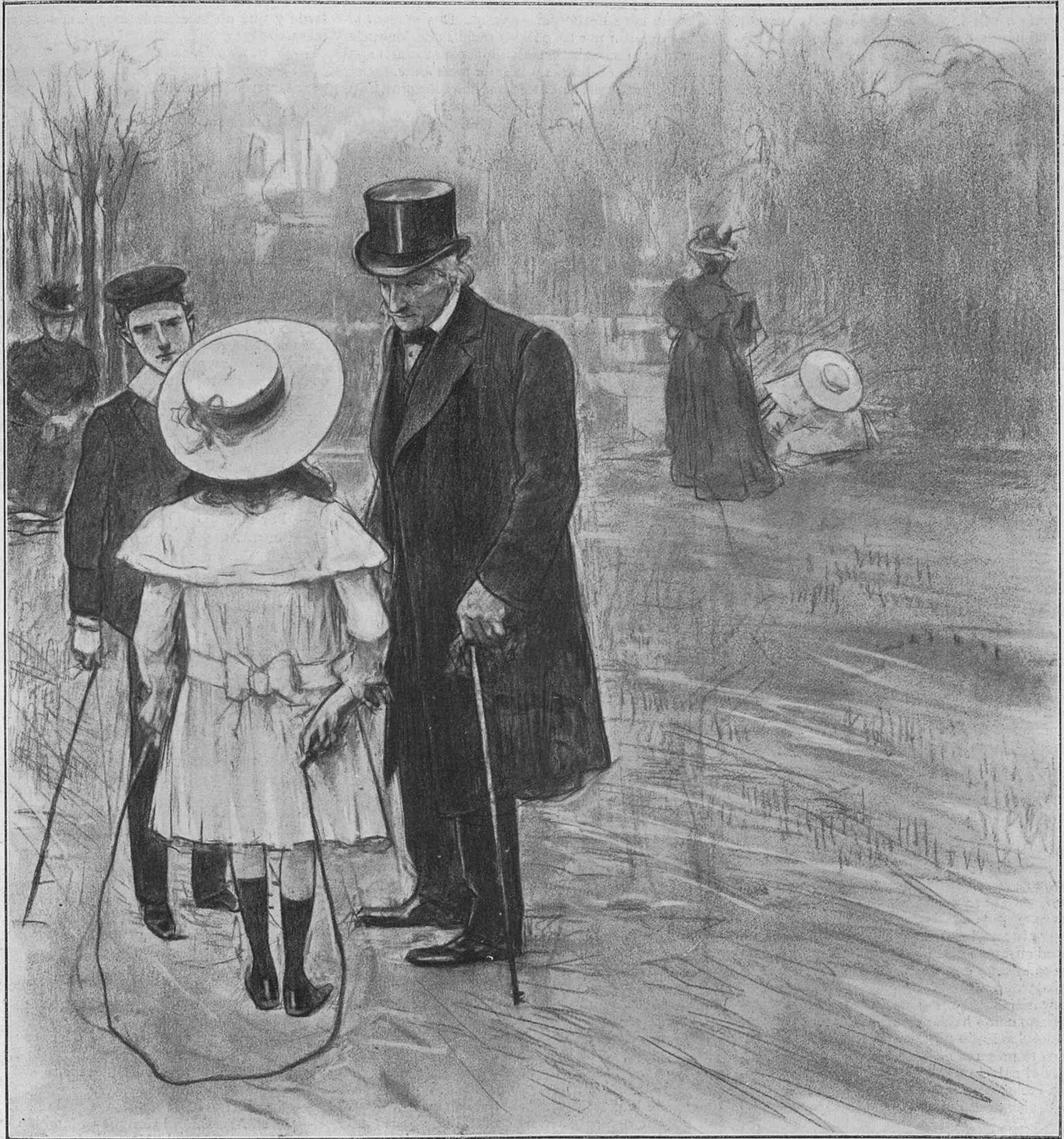
Los oficiales de los destacamentos invitaron a almorzar al caíd y a sus acompañantes y en un coche de Sanidad Militar

dietéticos. Los concurrentes al acto, que se celebró en el Mundial Palace, fueron 135, entre ellos muchas señoras y señoritas, y el menú se compuso naturalmente sólo de platos vegetarianos.

Al final del banquete pronunciaron elocuentes brindis los Sres. Corretjer, Virgil, Giró y Condominas, ensalzando el vegetarianismo y a su apóstol Dr. Falp, y éste agradeciendo el obsequio y defendiendo aquel sistema.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



— Dígame usted, añadió después, que un viejo que se llama Sr. de Aspremont...

— Sí, señor, tendré en ello mucho gusto.

El caballero se inclinó y posó su arrugada boca sobre los hermosos cabellos de la niña, dominado por una emoción que no podía explicarse.

— Dígame usted, añadió después, que un viejo que se llama señor de Aspremont y que tenía un hijo que se llamaba Rolando, la envidia. ¿Se lo dirá usted cuando vuelva a su casa?

— Mamá está aquí; es aquella señora que se levanta de la silla y viene hacia nosotros...

En efecto, Manuela habíase levantado un tanto sorprendida al ver a su hija hablar con un desconocido. Acaso aquel caballero de cabellos blancos y el muchacho que le acompañaba preguntaban algo a la niña, y naturalmente se acercaba al grupo que se hallaba parado en medio de la alameda.

El anciano que se había vuelto al oír las últimas palabras de Rolanda, quitóse el sombrero y con toda la cortesía de aristócrata y de hombre de mundo, habló así a Manuela:

— Estaba diciendo a esta señorita cuánto envidiaba la felicidad de la madre de una niña tan encantadora..., y tan buena, porque seguramente es muy buena a juzgar por su semblante que tanto se parece al de usted. Y ella me ha confiado que quería mucho a su mamá.

— Sí, señor, respondió alegremente Manuela. Es un diablillo, pero tiene un corazón de oro... Y ya es hora de que empiece a ser juiciosa, porque tiene una porción de años.

El anciano se sonrió.

— Sí, señor, tengo seis, dijo Rolanda con orgullo.

— Y cuando sea usted una hermosa pollita tendrá usted una mamá que podrá pasar en todas partes por su hermana mayor. ¿No tiene usted más que esa niña, señora?

— No más.

— ¡Que Dios se la conserve! Tal es el deseo muy sincero y muy simpático de un viejo que no ha tenido esta dicha. Se lo estaba diciendo a la niña cuando usted ha llegado. ¡Todo lo perdí al perder mi único hijo!

— Mamá, dijo Rolanda; el hijo de ese caballero era militar y murió en la guerra, como mi pobre papá.

— ¿Es usted viuda, señora?

— Sí, señor, respondió Manuela angustiada de pronto por aquel brusco recuerdo de los tiempos dolorosos.

—Y su esposo era militar... ¡Cuánto siento haber evocado tan tristes recuerdos! Crea usted, señora, que si he sido indiscreto ha sido únicamente por un interés vivísimo que me ha inspirado esa niña, que lleva el nombre de mi hijo.

—¡Se llamaba Rolando!, exclamó Manuela.

—Sí, señora.

—Como el padre de mi hija...

—Que era también militar. Vea usted cómo la casualidad dispone encuentros inesperados... Pero ya que no lo hice antes, como debía, permítame que me presente a usted. Soy el conde de Aspremont, añadió inclinándose un poco, y ese niño es el hijo de mi sobrino el barón de Lorgerac.

Y Rolanda, que no se había fijado en la mortal palidez que de pronto invadiera el rostro de su madre, dijo, haciendo, a su vez, la presentación de ésta:

—Mi mamá se llama Manuela Casteras.

—¡Casteras!, repitió el conde en un tono indefinible en el que se mezclaban una terrible emoción, una angustia loca y una especie de terror repulsivo.

Y mirando con cierto espanto a aquella mujer cuya hija era su vivo retrato y al verla tan pálida, exclamó con voz entrecortada:

—¡Usted, desgraciada! ¡Usted, otra vez!

Aquel nuevo ultraje era demasiado inmerecido, así es que la viuda de Rolando respondió llena de noble indignación:

—A lo menos, no añadirá usted que le he buscado y que doy a esa niña, cuyo padre bien conoce usted, un nombre que tendría derecho a llevar si hubiese..., no ya piedad, pero sí un poco tan sólo de justicia en el corazón de usted.

Al oír expresarse así a su madre, con aquella entereza indignada, con aquella amargura de rebeldía, Rolanda, que casi tenía miedo, exclamó:

—¿Por qué te enfadas, mamá? No es malo ese señor; hace un instante me ha besado con cariño.

—¡Ah, la niña, la niña también!, balbuceó el viejo que a duras penas podía mostrarse enfurecido y cuya mirada, momentos antes tan dulce, tenía ahora una expresión de implacable dureza.

Al fin, dominando la exaltación de sus nervios, dijo con acento glacial:

—En todas las edades se cometen imprudencias; la de hoy me servirá de lección. Dispéñeme, señora, por haber dirigido la palabra a esa niña que no es ni será nunca para mí más que una extraña, a quien no conozco..., a quien no quiero conocer.

Y dirigiéndose al jovencito que presenciaba estupefacto la escena, añadió:

—Vámonos; demasiado nos hemos entretenido.

Apresuró el paso y cruzó el Luxemburgo, irritable, nervioso.

—¿Quiénes son esa señora y esa niña?, le preguntó Enrique que no acertaba a explicarse lo ocurrido. La niña ha dicho como se llamaba pero no recuerdo su nombre.

—Más vale así, hijo mío.

—¿Por qué, tío?

—Porque son personas a quienes tú no conoces..., y a quienes, a Dios gracias, nunca conocerás.

—Era muy linda esa morenita.

Y al ver el gesto de impaciencia del conde, añadió: —Usted mismo lo decía hace un momento. Tiene una cara monísima con unos hermosos ojos negros y acariciadores...

—Sí, acariciadores como los de su madre, murmuró el anciano como hablando consigo mismo.

Y añadió, lanzando un hondo suspiro:

—¡Dios te preserve de unos ojos así, hijo mío!

Y hasta el palacio de Aspremont no volvió a despegar los labios para contestar a las preguntas de Enrique, quien acabó también por guardar silencio diciéndose:

—El tío no quiere hablar... Después de todo, como no he de ver más a aquella señora ni a aquella niña, ¿qué me importa no recordar su nombre?

Manuela habíase quedado inmóvil, temblorosa, aterrada.

—¿Estás apesadumbrada?, le preguntó Rolanda.

¡Apesadumbrada! El conde la había aplastado bajo el peso de su desprecio glacial; la había arrojado de su camino más cruelmente aún, con su altiva e implacable cortesía, que cuando el otro, el padre de aquel muchacho, la arrojó del palacio de Aspremont, y había evocado de nuevo con una palabra su desgracia, cuya crueldad se mitigaba como se mitiga la desolación de los infortunios ya antiguos..., ya un poco olvidados, para lanzársela al rostro como un oprobio, como una mancha que no lavaría jamás.

¡Ah! Aquellos Aspremont eran implacables. Lo eran y lo serían todos, desde el anciano que le hablaba con tanta bondad antes de conocerla, hasta aquel niño que heredaría las durezas, las inflexibili-

dades de todos los de su raza, y a quienes su tío debía estar ya diciendo, sin duda:

—«Ya has visto bien a estas personas; acuérdate de sus semblantes para cerrarles implacablemente las puertas de nuestra casa, cuando esta casa llegue a ser tuya.»

Y con gran desaliento respondió a Rolanda:

—Sí, estoy apesadumbrada, hija mía; muy apesadumbrada.

—¡Pobre, pobre mamá mía!

Aquella palabra, aquella caricia de la niña fué la gota que hace desbordar el vaso... Dos gruesas lágrimas rodaron por las pálidas mejillas de Manuela, mientras se inclinaba hacia su hija para tomarla apasionadamente en brazos y besarla locamente.

—¡Rolanda mía, amor mío, mi único tesoro! ¡Consuélame, porque soy muy desgraciada!

Y la gentil criatura, no pudiendo, no sabiendo decir otra cosa, repetía:

—¡Pobre, pobre mamá!

Hubiérase dicho que el sonido de aquella voz bastaba para confortar a la madre. Manuela dejó en el suelo a la niña y secándose febrilmente los ojos, le dijo:

—Ea, se acabó..., ¿ves?.., ya pasó. Ya no lloro; ha sido un poco de malestar. ¿Vámonos?

—Sí, mamá.

Pero a los pocos pasos Manuela se detuvo.

—¡Qué cansada estoy!, exclamó.

—Y estamos tan lejos aun de casa...

—Tomaremos un coche.

—¡Un coche! ¡Qué ale...!

No terminó la palabra y se quedó turbada. No, ella no podía estar alegre cuando su mamá no cesaba de llorar y cuando se hallaba tan disgustada... Y se esforzó en caminar despacio al lado de su madre, que andaba fatigosa, pesadamente, hasta la parada de coches. Subieron a un cupé y en tanto que éste rodaba hacia la calle de la Torre, Manuela dijo a Rolanda:

—No digas en casa que he tenido un disgusto.

—¿Por qué mamá?

—Porque la señora Lecoutellier y Claudio se apenarían y yo también me apenaría mucho.

—¿Tampoco hay que decir que te has sentido mal?

—Tampoco. Además, ya ves que estoy mejor... Mira cómo me río.

Y su risa nerviosa acabó en el hipo de un sollozo.

Cuando el carruaje llegó a su destino, Manuela abrió la puerta del pasadizo que daba directamente al jardín y por donde se entraba a las dos piezas que constituían su modesta habitación. Rosalía, desde la cocina, había oído abrir y sin interrumpir su faena preguntó:

—¿Es usted, señora Casteras?

—Sí, somos nosotras, Rosalía.

—Son ustedes las primeras en llegar. La señora no ha venido aún y el señorito Claudio tampoco. ¿Ha ido bien el paseo?

—Sí, muy bien. Me voy a mi cuarto.

—Y la señorita Rolanda, ¿no viene a darme las buenas tardes?

—Sí, irá cuando le haya cambiado el traje.

—¿No se ha manchado el nuevo?

—No, ha sido muy buena.

—Siendo así, tengo algo para ella que le gustará.

El cambio de traje se hizo pronto.

—Ahora, mamá, voy a saludar a Rosalía.

—Acuérdate de lo que me has prometido.

—Sí, mamá.

Mientras la niña salía, Manuela, con apresuramiento febril, cerró la puerta de su cuarto. Ya no podía más... Pero al fin estaba sola y ya no tenía por qué reprimirse; ya no la espiaban los ojos inquietos de la niña; ya podía llorar con entera libertad y dejar que subieran al corazón todas sus náuseas de humillación, de vergüenza..., y también de rebeldía, de cólera exasperada.

¡Ah, la voz de la sangre! ¿Qué le había dicho esta voz a aquel abuelo que tenía entre sus brazos a la única hija de su único hijo? Apenas había sabido quién era Rolanda, había apartado de sí como a un animal maléfico, venenoso, y había tratado a aquella criatura inocente con más dureza, con más desprecio aun que a la esposa de su hijo. ¡Esto le había dicho la voz de la sangre!

Y mientras el crepúsculo invadía de sombra la modesta estancia en donde, desde hacía tiempo no se había sentido tan desgraciada, tan condenada como entonces, la pobre mujer desplomóse en la gran butaca que la señora Lecoutellier había comprado para los días de convalecencia y para las horas de cansancio. ¡Sí, estaba cansada, muy cansada! Su alma también se tendía desalentada, desamparada.

Y permaneció en aquella semiobscuridad que poco

a poco iba a convertirse en noche, olvidada de cuanto le rodeaba, del tiempo, de la hora, de todo.

Hacia rato que había llegado Claudio acogido por Rolanda con el acostumbrado saludo:

—¡Buenas tardes, querido amigo!

Y él la cogió en brazos entrando con ella en el comedor.

—¿Y mamá Lecoutellier?, preguntóle.

—La señora Lecoutellier ha salido.

—Ya lo sé pero cré que había vuelto.

—Todavía no. Ha dicho a Rosalía que vendría tarde y que no la esperásemos para sentarnos a la mesa.

—¿Y tu mamá?

Al oír esta pregunta, la niña, sin darse cuenta y precisamente porque quería guardar fielmente su secreto, tomó un aire misterioso.

—¿Mi mamá?.. Pues..., está en su cuarto.

—¿Y qué hace allí a estas horas?, preguntó él inoportunamente.

—Descansa.

—¿Qué, se ha cansado mucho?

—¡Ca! No ves que hemos vuelto en coche.

—¿En coche? En ómnibus, querrás decir.

—No, en cupé.

—¡Caramba! ¿Y a santo de qué?

—Porque...

¡Diantre! Es cosa difícil departir con un Claudio que hace tantas preguntas, cuando hay que tener mucho cuidado con las respuestas para no decir lo que mamá ha prohibido contar.

Y Rolanda, siempre con aquel aire misterioso que comenzaba a intrigar a Claudio, prosiguió:

—Porque..., en fin..., porque estaba cansada.

—Pero si acabas de decirme lo contrario.

—¿De veras?

—Vamos a ver, estaba cansada, sí o no.

—Que no tenía ganas de andar, ea, respondió la niña que ya comenzaba a embrollarse. Además, no quería que la vieran.

—¿Por qué? ¿Que tenía que no quería dejar ver?

—Pues..., nada..., te digo que nada absolutamente.

—Me dices esto de un modo..., repuso Claudio un tanto inquieto... ¿Pero no ha recibido ningún daño?

—No, no..., te aseguro que no.

Y repetía aquellos «no, no» de una manera tan extraña, encarnada hasta la raíz de los cabellos, que Claudio, que la tenía sobre sus rodillas, siguió interrogándola:

—Vamos a ver, ¿qué habéis hecho en el Luxemburgo? ¿A quién habéis visto allí?

Y al observar un movimiento involuntario de la niña, añadió:

—¡Ah!, ya lo sabía!.. Habéis encontrado a alguien.

Manuela, al prohibir a Rolanda que dijese a Claudio que se había disgustado, no le había dicho: «Tampoco hablarás de las personas a quienes hemos encontrado;» así es que sin resistirse más respondió a su amigo:

—No hemos hablado más que con un señor anciano que se paseaba con un jovencito.

—¿Le conoces a ese señor?

—No; antes de hoy nunca le había visto.

—Pero tu mamá le conocía.

—Sí, creo que sí.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Él mismo me lo ha dicho antes de que llegase mamá.

—¿Y qué nombre era?

—Pues mira tú, no lo recuerdo... Pero aquel señor ha contado que tenía un hijo llamado Rolando, que era militar y murió en la guerra.

Claudio frunció el entrecejo.

—¿No se llamaba Aspremont aquel señor?

—¡Sí, sí, Aspremont! Conque tú también le conoces... ¡Y qué malo es!.. Y a primera vista nadie lo diría.

—¿Y qué le ha dicho a tu mamá?, preguntó Claudio cada vez más inquieto.

—Cosas que yo no entendí bien.

—¡Pobre, pobre mujer!, murmuró Claudio con tanta piedad, que Rolanda olvidando sus promesas, exclamó:

—¡Oh, sí! ¡Qué pena ha tenido! Ha sido muy malo aquel caballero; ha reñido a mamá y mamá se ha enfadado. Después ha hablado de mí, todavía con más dureza y por último se ha ido de prisa..., de prisa... Entonces mamá ha llorado mucho y me ha prohibido que os lo contase a ti y a la señora Lecoutellier para no apesadumbraros; pero yo prefiero decírtelo en seguida, porque oí que si mamá sigue aún en su cuarto es porque todavía está disgustada... Supongo que irás a verla... Verás cómo ha llorado y tendrá que decirte su pena... No importa, pues, que lo sepas todo ahora ya que pronto lo habrás de saber.

Claudio, que de pronto había palidecido, se levantó:

—Vete con Rosalía y estate un rato con ella, mientras yo voy a ver cómo sigue tu mamá, que tal vez no se encuentra bien y necesita algunos cuidados.

—Sí, voy; pero no le digas a mamá que yo te he contado...

—No se lo diré; vete a jugar con Rosalía.

—¿Y si viene la señora Lecoutellier?

—Cuéntaselo todo y comprenderá por qué estoy al lado de tu mamá.

XVI.—EL AMOR HABLA

Claudio llamó a la puerta de la vivienda de Manuela. Nadie le contestó; la infeliz mujer vencida por su pena, ni siquiera había oído. El doctor, presa de angustia, abrió la puerta. Era casi de noche y apenas se distinguía a Manuela inmóvil en aquella butaca.

—¡Manuela!, exclamó acercándose a ella y cogiéndole la mano inerte. ¡Manuela!

Esta lanzó un gemido, mezcla de lamento, de sorpresa, de espanto, pero mientras recobraba el conocimiento de sí misma y de lo que la rodeaba, Claudio proseguía:

—Manuela, usted sufre, usted ha llorado y yo quiero mi parte de su pena.

Manuela movió la cabeza sin contestar.

—Ya sabe usted, continuó diciendo el doctor, que no tiene usted otro amigo mejor ni más digno de su confianza. ¿Por qué se aísla usted, por qué se encierra?

—Porque pierdo el valor..., porque estoy condenada a una vida de soledad y de abandono..., porque es preciso que haga el rudo aprendizaje de esta existencia..., porque...

—¡Usted sola! ¡Usted abandonada! Cuando estamos a su lado de usted llorando sus tristezas y gozando sus alegrías...

—¡Mis alegrías!, exclamó sollozando.

Claudio se había acercado aún más a ella y comunicaba todo el calor de su sangre a la mano que tenía entre las suyas. Y su voz dulce y grave hízose más dulce todavía para decirle:

—Alegrías, sí; las hay para todas las criaturas, aun para las más miserables, para las más desheredadas... y las habría también para usted, ¡oh!, se lo digo con la emoción de una fe profunda, si quisiera mirar no obstinadamente y siempre a ese pasado que huye, que desaparece, que no tiene más que la apariencia de las cosas muertas, sino a la realidad del porvenir viviente..., que puede ser tan consolador para usted como implacable fué el pasado..., si quisiera usted mirar también muy cerca de usted.

Y en un arranque irresistible, añadió:

—Manuela, querida Manuela, ¿caso el mayor goce del alma no consiste en la felicidad que se puede dar a otro? ¿No es por ventura el más intenso placer del corazón el que proporciona al amigo de quien se ha recibido el primer cariño y de quien se tiene el único? ¡La amo a usted tan ardiente, tan religiosamente!.. Amo su alma como adoro su belleza... De usted todo es felicidad; sin usted, todo es indiferencia.

—¡No, no!, murmuraba Manuela presa ahora de otra lasitud que era asimismo un languidecimiento a la vez penoso y dulce... No, no debo..., no quiero oír..., Claudio, se lo suplico.

Pero la que así suplicaba no rechazaba la opresión cada vez más ardiente de aquellas manos febriles.

—Déjeme usted hablar, siguió diciendo Claudio; deje usted que le diga todo lo que llena mi corazón, lo que de él se desborda... Hace años muchos años que la amo, que la adoro en silencio, que me esfuerzo para aparecer a los ojos de usted, sobre todo, como el hombre más digno, más meritorio... Usted es mi fe, mi energía, mi buena fortuna, y no tengo un solo pensamiento de ambición o de orgullo que no sea al mismo tiempo un deseo de amor... A usted va mi esperanza cuando se ensalza mi nombre, a usted que, merced a ello, sentirá por mí mayor estimación, mayor confianza, mayor orgullo... Sí, orgullo, porque yo soy de usted y a usted me he dado para siempre... Este presente que le ofrezco de todo mi ser, no lo rechace; esa felicidad que la ley obscura de las cosas ha puesto al alcance de mis manos, no me la arrebató usted... Esta vida que usted, querida hermana de la caridad, me salvó un día, consérvela por favor.

Del corazón de Manuela, tan apasionadamente asediado, escapóse un suspiro largo, entrecortado, que era también una relajación de aquellos pobres nervios que se calmaban bajo el hechizo de aquellas palabras. Y Claudio que había experimentado la deliciosa sensación de un primer movimiento de aban-

dono, de un desfallecimiento de ternura, continuó hablando con más calor todavía:

—Su querida Rolanda, a quien amo como si fuese mía y que también me ama, bien lo sabe usted, con toda la fuerza de su adorable corazón de niña, no tiene nombre... Déjeme usted que le dé uno. Déjeme usted que haga de su querida niña la más altiva de las muchachas que van del brazo de un padre rodeado del aprecio, de la simpatía y..., ¿por qué no he de tener el orgullo de decirlo?, de la respetuosa consideración de todos. Déjeme que le dé, con mi nombre, mi apoyo, mi notoriedad cada día mayor y que con el tiempo llegará a ser, seguro estoy de ello, celebridad. Y usted, cuyo deber es hacer dichosa a esa niña, consienta en ser la más amada, la más envidiada de las mujeres. ¡Oh, Manuela, Manuela adorada!

Y esperó la sentencia de aquellos labios temblorosos. Mas aquellos labios que seguían estremeciéndose, no pronunciaron una palabra. Únicamente la mano que aprisionaba Claudio entre las suyas, iba haciéndose más suave, más tibia, y se agitaba en un ligero estremecimiento que era, además, un esfuerzo instintivo no para huir de aquella prisión, cada vez más ardentemente estrecha, sino, por el contrario, para penetrar, para refugiarse más adentro de ella. Claudio, en su alegría profunda, Claudio, que había sentido vibrar aquella ternura apenas despertada, con un ademán lento y suave atrajo hacia sí aquel cuerpo tan flexible, tan frágil que se dejaba atraer débil y desarmado. Y cuando aquel corazón que latía tan violentamente palpitó sobre su pecho, cuando en un apasionado abrazo rodeó el cuello de la mujer adorada, aquellos labios que seguían estremeciéndose quedaron deliciosamente helados, inmóviles, bajo la impresión del extasiado beso en que él se embriagaba.

Claudio permanecía arrodillado a los pies de Manuela, llorando de gratitud, loco de felicidad; y hablaba, ebrio de alegría, de sus esperanzas, de sus ambiciones, de sus ensueños, todo para ella y para la adorada niña. Y la amada, en su languidez ahora sonriente, le escuchaba silenciosa, con sus grandes ojos negros medio cerrados, bañada en un rayo de luna que se había deslizado por la vidriera y que la hacía aún más blanca y más inmaterial.

Y no habló al fin más que para contestar a la siguiente tímida súplica de Claudio:

—¿No quiere usted que vayamos juntos a abrazar a mamá? ¡Se sentiría tan dichosa!

—No, no, contestó con voz tan débil que parecía un soplo acariciador. Todavía no.

—¿Dentro de un rato, pues?

—Esta noche no.

—Así la privará usted de su parte de felicidad.

—Mañana, se lo suplico, Claudio. Esta noche déjeme usted sola.

—¿Toda la noche?

—Sí, necesito serenarme, reflexionar.

—Pero no desdírse.

—Ni tendría fuerzas ni tengo voluntad para volverme atrás. Pero, añadió en tono de súplica, quisiera estar sola, quisiera, en el momento en que vamos a comenzar una nueva vida...

—Una vida de felicidad, Manuela.

—¿Quién sabe! ¡quién puede saberlo!

—Una vida de ternura infinita, se lo juro.

—Sí, tengo fe en ella y la deseo además porque desde hace mucho tiempo le llevaré a usted dentro de mi corazón... Pues bien, en el momento de rehacer esa vida tan mal comenzada, le pido a usted esta noche, sólo esta noche.

—Ya que usted lo quiere..., dijo Claudio tristemente.

—Se lo ruego; mañana estaré menos febril, seré más dueña de mis pobres nervios, y sobre todo lo sucedido habrá pasado la noche.

Y con su bella sonrisa lánguida de mujer amada, añadió:

—Porque, mi dulce amigo, también la felicidad asusta a las pobres criaturas que no se atrevían a esperarla... Las espanta... Es mi primera súplica; no querrá usted hacerse sordo a ella.

—La adoro a usted, respondió Claudio levantándose, y obedezco. ¿Me permite usted que hable a mi madre?

—Sí, dijo Manuela presentándole sus dos manos.

—¿Y usted le hablará mañana por la mañana?

—¿Y mis lecciones de Neuilly? Cuando salgo por la mañana, su madre de usted no está levantada aún... Hablaré con ella al mediodía.

—Pero entonces no estaré yo.

—La velada será para usted..., para nosotros dos.

—Para los tres, contando a la niña.

—La querrá usted..., la quiere ya, ¿no es cierto, Claudio?

—¡Ah! ¡Bien lo sabe usted! Ella es, añadió sonriente de alegría, la que desde hace tiempo me consuela de los rigores y de las crueldades de alguien a quien usted conoce.

—¿Tan cruel es esa persona?, preguntó Manuela con deliciosa coquetería presentándole la frente cuya pureza y cuya blancura aumentaba la claridad de la luna.

Claudio saboreó largamente, preciosamente, aquel beso que era también una despedida, y salió loco de contento.

—Mándeme a la niña, díjole Manuela.

—En seguida... La amo a usted... Hasta mañana.

Se conoce que se había entretenido mucho tiempo en el delicioso ensueño de aquella estancia que la luz de la luna iluminaba, porque al volver al pabellón oyó gruñir a Rosalía:

—¡Vaya unas horas de sentarse a la mesa!

Y al entrar en el comedor, vió a la señora Lecoutellier ocupada en hacer comer a Rolanda, que estaba ya casi al fin de la comida.

—¿Y mamá?, preguntó la niña.

—Descansa, respondió Claudio con una voz involuntariamente vibrante que hizo levantar los ojos a su madre.

—¿Está mejor?, preguntó, a su vez, ésta. La niña me ha contado...

—Sí, mamá, está mejor y aun creo que enteramente bien.

—No he querido ir a verla, hijo mío, porque he supuesto que si el médico me necesitaba ya me llamaría.

—Has hecho bien..., muy bien.

La señora Lecoutellier, sin dejar de mirar de soslayo a su hijo, porque le intrigaba realmente la vibración de su voz, siguió diciendo:

—En vista de que no venías he hecho que la pequeña comiese, porque tenía hambre y era muy tarde.

—¿Y tú no has comido?

—No, os esperaba a ti y a Manuela.

Y él, tan escrupuloso siempre en decir «doña» cuando hablaba de su amiga, contestaba, por vez primera en su vida, quizás:

—Manuela no vendrá a comer esta noche.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré. Pero Manuela me ha encargado que le mande a Rolanda y como ésta ya ha comido y debe sentir impaciencia para ver a su mamá, que ya está consolada...

—¿De modo que ya no llora?, dijo la niña.

—No, hija mía, ya no llora y tiene muchas ganas de verte.

—¡Ah!, qué contenta estoy!

Rolanda se levantó alegre de la mesa y se despidió de todos según acostumbraba cada noche antes de irse a la cama.

—Buenas noches, señora Lecoutellier.

—Buenas noches, amor mío, respondió la anciana besándole en ambas mejillas.

—Adiós, amigo Claudio.

—Sí, querida, tu amigo, tu gran amigo.

Y levantándola en sus brazos para besarla murmuró:

—Algún día sabrás la prueba que hoy te he dado de que lo soy... Y ahora, vete con tu mamá que te espera.

—En seguida.

Y al pasar por delante de la puerta del corredor, gritó con todas sus fuerzas:

—Adiós, Rosalía.

—Adiós, reina mía, respondió una voz desde las profundidades de la cocina.

La niña había desaparecido ya en la obscuridad del jardín.

—¿Y bien?, preguntó entonces curiosamente la señora Lecoutellier. ¿Se puede saber qué pasa?

—Mamá, mamá, que soy el hombre más feliz de la tierra.

—¿Tú?

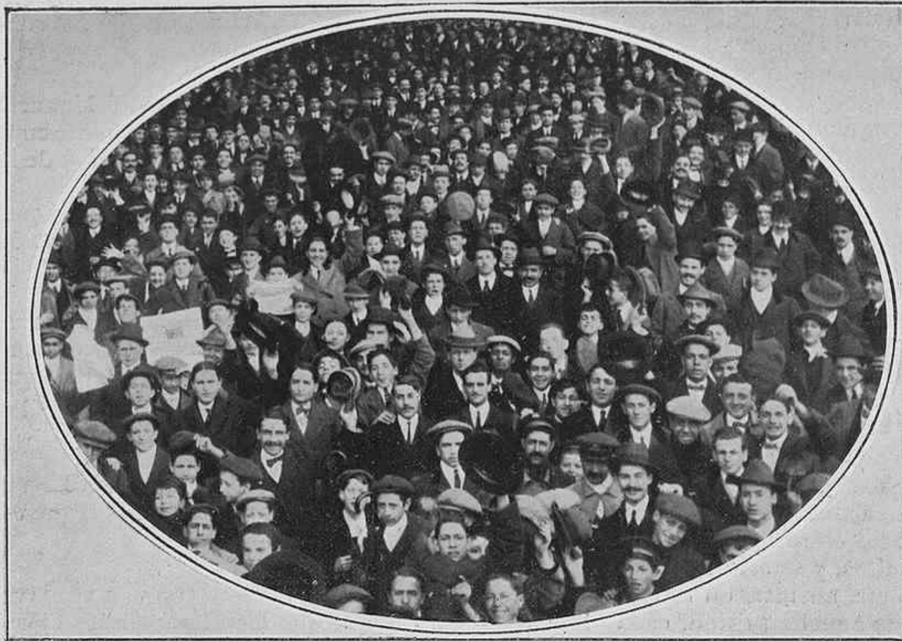
Al decir esto la buena señora miró atentamente a su hijo y vió, mejor que momentos antes sus ojos que miraban febrilmente y sus mejillas coloradas por una oleada de sangre y observó en su rostro encendido, casi transfigurado, la expresión de la victoria.

—¡Ah!, exclamó. ¡Vais a casaros! ¿No es esto, hijo mío?

—¡Sí, madre mía, lo has adivinado.

—No sabes cuánto me alegro de ello... Que tú la amabas demasiado lo veía yo y desde hace no poco tiempo; de ella era de quien tenía mis dudas. Pero, en fin, esa amistad también en ella se ha trocado en amor..., y es muy natural. ¿Qué mujer habría que no te adorase? Ya me estoy viendo rodeada de nietos... ¡Pero ven a darme un abrazo, hijo mío!

(Se continuará.)



El público madrileño esperando la llegada del «Orfeo» en las inmediaciones de la estación de Atocha

MADRID.—EL «ORFEÓ CATALÁ»

(Fotografías de Asenjo y Salazar.)



Grupos de orfeonistas dirigiéndose a sus alojamientos

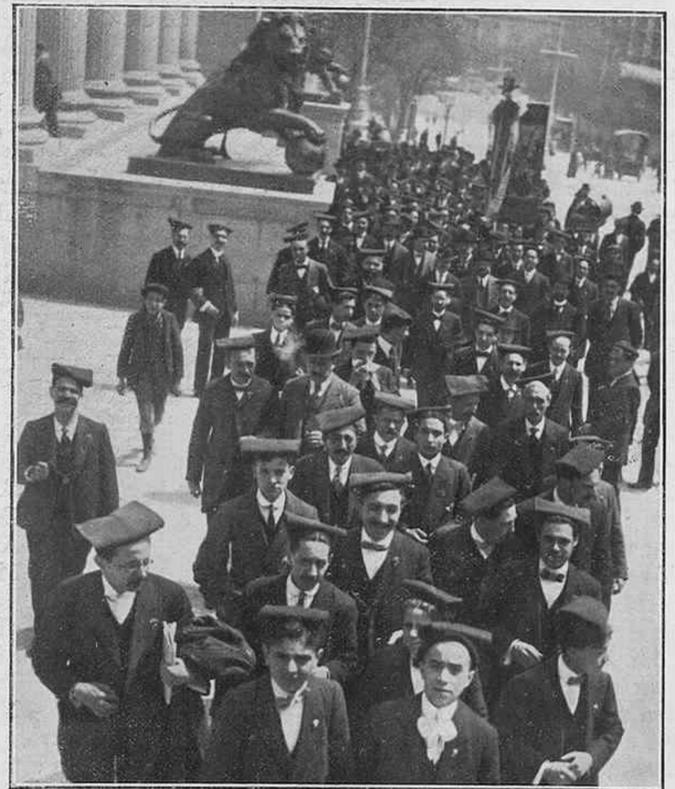
La excursión artística a Madrid realizada por el *Orfeó Catalá*, de acuerdo con la Asociación Wagneriana y la Orquesta Sinfónica de aquella capital, ha sido un triunfo inmenso bajo todos conceptos. Basta leer los artículos que con tal motivo han publicado todos los periódicos de la corte para comprender que el acontecimiento ha revestido proporciones grandiosas, nunca vistas. No se observa en la prensa matritense la más pequeña nota discordante; no vemos en sus reseñas la menor reserva; todo son en ella explosiones de un entusiasmo sin límites para la labor artística del *Orfeó Catalá*,

No disponemos de espacio para reseñar ni siquiera someramente los conciertos dados por el *Orfeó Catalá* en el Teatro Real y en el Teatro de Novedades, con la valiosa cooperación de la orquesta Sinfónica. Diremos únicamente que las ovaciones más calurosas coronaron las piezas ejecutadas; el público, que llenaba por completo aquellos coliseos, aclamó con delirante entusiasmo a los orfeonistas y a su director el maestro Millet, quien fué

res del mundo, y afirmando que los conciertos por él dados constituyen uno de los más grandes acontecimientos que registran los anales músicos de la corte.



El alcalde y concejales de Madrid, la Junta Directiva y los maestros del «Orfeo» y comisiones de la Orquesta Sinfónica y de la Asociación Wagneriana en el Ayuntamiento en el acto de depositar allí la «Senyera.»



El «Orfeo» pasando por delante del Congreso de los Diputados para ir a la Asociación Wagneriana a recoger la «Senyera» y depositar ésta en el Ayuntamiento.

manifestaciones sinceras de cariño y de simpatía hacia los orfeonistas.

Y esas simpatías, ese cariño, ese entusiasmo, son también para Barcelona, para Cataluña toda, que en esta ocasión han tenido su representación más genuina en esa benemérita institución que personifica uno de los aspectos más hermosos del alma catalana.

El *Orfeó Catalá*, que a su salida de Barcelona había sido objeto de una calurosa despedida por el gentío enorme que llenaba la estación y en el que estaban el alcalde Sr. Sostres, el presidente señor Urrutia y una numerosa comisión del Centro de Hijos de Madrid, representaciones de muchas entidades y multitud de personas distinguidas, fué recibido con no menos entusiasmo en la corte por el alcalde y una comisión de aquel Ayuntamiento, por la Junta Directiva de la Orquesta Sinfónica, con su presidente señor La Cierva y el maestro Arbós, por una comisión de la Asociación Wagneriana, por la Capilla Isidoriana, el orfeón Eco de Madrid, la banda municipal y un público

llamado al palco regio y escuchó de labios de la familia real los mayores elogios para él y para todos sus colaboradores. Y la crítica ha confir-



La Orquesta Sinfónica y el «Orfeo Catalá» en el Teatro Real

inmenso que acogió a los expedicionarios con grandes aplausos.

mado la impresión del público dedicando los artículos más encomiásticos al *Orfeó*, a quien califican de uno de los mejo-

entre Castilla y Cataluña, y de amor a la madre común, España. — P.

Barcelona, Cataluña entera pueden estar orgullosas de este triunfo; pero más aun, si cabe, que del éxito artístico del *Orfeó*, debemos sentirnos los catalanes satisfechos y agradecidos por el cariño y la simpatía con que han sido acogidos nuestros orfeonistas, en quienes el pueblo de Madrid ha visto personificado nuestro pueblo. Estos sentimientos se han manifestado con elocuencia así en la ceremonia de depositar la *Senyera* en la Casa de la Villa, como en la recepción organizada por el Ayuntamiento en honor del *Orfeó*, como en el banquete con que a los representantes de éste han obsequiado las juntas de la Orquesta Sinfónica y de la Asociación Wagneriana. En todos estos actos se han cambiado sentidos discursos, cuya nota saliente ha sido la más hermosa corriente de fraternidad entre Madrid y Barcelona, de amor a la madre común, España. — P.

LA REVOLUCIÓN DE MÉXICO. (Fotografías comunicadas por Carlos Trampus.)

Por las «Revistas Hispanoamericanas» de nuestro estimado y distinguido colaborador Sr. Beltrán y Rózpide, han podido enterarse los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del curso del movimiento revolucionario que ha venido a turbar la paz de la República mexicana de algún tiempo a esta parte.

Hasta ahora la revolución no ha podido conseguir ninguna ventaja de cierta importancia, pues si en algunos combates parciales ha logrado hacer frente a las tropas federales, en general éstas llevan la mejor parte y es general la creencia de que antes de poco el gobierno del Sr. Madero habrá vencido por completo a los rebeldes.

Así lo expresa el Sr. Madero en su mensaje presidencial leído el día 1.º de este mes con motivo de la reapertura de las Cámaras, mensaje en el cual dice, además, entre otras cosas, que las relaciones entre México y los Estados Unidos son excelentes y que la idea de una intervención es insensata y aun ha sido rechazada por el mismo gobierno norteamericano.

La conducta de los Estados Unidos es el punto negro del asunto de la revolución mexicana, y la actitud de la República yanqui no debe de ser tan franca y tan leal como el Sr. Madero da a entender en su citado mensaje, cuando el ministro de Negocios Extranjeros de México se ha visto obligado a contestar en términos algo duros a una nota en que el gabinete de Washington hace responsable al gobierno mexicano de las vejaciones que dice se cometen contra ciudadanos norteamericanos. Dicho ministro, el Sr. Calero, empieza por negar a aquel gabinete el derecho de censurar al de México, porque tales censuras no se basan en ningún incidente que pueda ser justificado; añade que al gobierno mexicano no puede achacársele la responsabilidad de los actos cometidos en territorio insurrecto, pero que, en cambio, la acepta entera por los perjuicios causados a extranjeros e imputables legalmente al gobierno regular. Termina diciendo que los generales federales han recibido instrucciones para que den un trato conve-

niente a los prisioneros extranjeros y afirmando que el jefe de la insurrección, general Orozco, sólo puede ser juzgado por los tribunales mexicanos.

de los Estados Unidos respecto de su nación, del cual creemos interesante entresacar algunas declaraciones. Dice el Sr. Esquivel Obregón que no parece sino que el gobierno norteamericano esté interesado en distraer a los mexicanos con buenas palabras, en querer que éstos se desgarran continuamente, se debiliten, agoten sus fuerzas y perpetúen sus odios recíprocos para que la presa sea más fácil y segura. Añade luego:

«En la guerra intestina que nos agita, desde hace año y medio, los extranjeros venidos a este país en épocas de prosperidad, han sufrido como nosotros mismos. Los que menos se han esforzado en identificarse con nosotros son quizás los norteamericanos, y ellos son acaso los que menos han sufrido, en sus personas y en sus bienes, las consecuencias de nuestras discordias.

» Los norteamericanos han dado hospitalidad a los jefes de las revoluciones, les han dado armas y municiones, les han ayudado con su apoyo moral y les han proporcionado hombres para apresurar su triunfo. Tienen, pues, su parte de responsabilidades y en conciencia nada debieran reclamar por las consecuencias de una situación que ellos han contribuido a crear y de la que han sido tal vez los inspiradores.»

Las últimas noticias telegráficas recibidas de la campaña dicen que el general Huertas ha tomado el mando de las fuerzas federales reunidas al Norte de la ciudad de Torreón y que ha iniciado un movimiento de avance.

El general rebelde Orozco concentra sus fuerzas hacia Chihuahua, pero parece cierto que se verá sorprendido por otros cuerpos de tropas federales que le cortarán el camino de Juárez amenazando su flanco derecho. En estas condiciones, la situación de Orozco sería muy comprometida.

Según las propias noticias, la situación de Morelos ha mejorado notablemente.

En el resto del país reina, según parece, completa tranquilidad.—T.



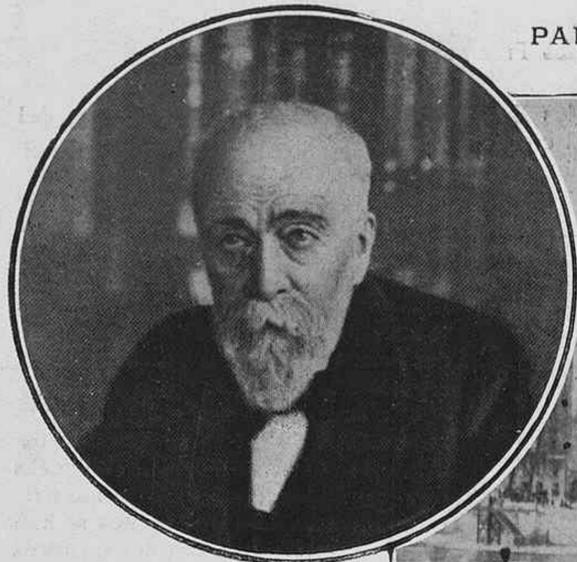
Tren especial enviado para las tropas de Los Ríos

Por otra parte, el Sr. Esquivel Obregón, uno de los políticos que desempeñaron un papel más importante en el movimiento maderista cuya consecuencia fué la caída del general Porfirio Díaz, ha publicado en un diario de México un artículo sobre la actitud



Villa (x), uno de los jefes del ejército revolucionario, y su Estado Mayor

PARÍS.—ENTIERRO DEL PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS SR. BRISSÓN



Enrique Brissón
(De fotografía.)



Paso de la carroza fúnebre por la Plaza de la Concordia. (De fotografía de M. Branger.)

El día 14 de este mes falleció en París Enrique Brissón, presidente de la Cámara de Diputados francesa y una de las figuras culminantes del partido radical francés.

El Sr. Brissón nació en Bourges en 31 de julio de 1835. hizo sus estudios de Derecho en París y en 1859 se inscribió en el Colegio de Abogados de aquella capital. Desde muy joven ingresó en el periodismo político, habiendo sido redactor de *Le Temps* y de *L'Avenir national* y fundado en 1868 la *Revue Politique*, que al año siguiente fué suprimida por el gobierno.

En 1870 fué nombrado adjunto del alcalde de París, poco después miembro de las comisiones municipales de enseñanza y de beneficencia pública, y en 1871 elegido diputado por primera vez. Afiliado al grupo de la extrema izquierda, éste le nombró su presidente.

Reelegido en 1876 y 1877, desempeñó en esta última legislatura el importante cargo de presidente de la Comisión de Presupuestos; y elegido de nuevo en 1881, sucedió en la presidencia de la Cámara de Diputados a Gambetta, cuando éste fué encargado de formar ministerio.

Cuatro años después fué presidente del Consejo de Ministros, puesto que hubo de dejar al poco tiempo a causa de la exigua mayoría que obtuvo en la Cámara en la votación de los créditos para Madagascar y el Tonkín.

Nuevamente fué diputado en 1889, en 1893, en 1898 y en 1902, y ocupó la presidencia de la Cámara en 1894, 1898 y 1904.

Enrique Brissón perteneció siempre al partido de la extrema radical. Su entierro, que ha sido costado por el Estado, se efectuó el día 19 y revistió gran pompa. A él asistieron el presidente de la República, el gobierno, el parlamento y todas las corporaciones oficiales, y en el trayecto que recorrió el cortejo fúnebre estaban formadas las tropas. El féretro iba en una magnífica carroza y las coronas llenaban varios carruajes.

Ante el cadáver, que estaba expuesto en la Cámara de los Diputados, pronunciaron sentidos discursos los Sres. Etienne, vicepresidente primero de la Cámara; Dubost, presidente del Senado; Poincaré, presidente del Consejo, y otros varios oradores.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AUXILIO MUTUO Y BENEFICENCIA DE PUERTO RICO. MEMORIA DE 1911. — Un folleto de 52 páginas que contiene la Memoria leída por la Junta

directiva de aquella benéfica entidad al cesar en sus funciones, y numerosos estados que demuestran no sólo el estado floreciente de la misma, sino, además, los muchos beneficios que dispensa a sus asociados. Impreso en la tipografía del «Boletín Mercantil» de San Juan (Puerto Rico).

TITAYNA, drama lírico en dos cuadros, de A. Guimerá. —

Es la edición original catalana del libro al cual ha puesto música el maestro Morera y que con tanto éxito se ha estrenado en el Gran Teatro del Liceo de esta ciudad. En ella se aprecian mejor que en la traducción italiana las bellezas de ese drama en el que nos ocupamos a raíz del estreno. Un folleto de 48 páginas impreso en Barcelona en la imprenta La Renaixensa. Precio, una peseta.



Máquina de escribir

UNDERWOOD

10 Grandes Premios * 500.000 Referencias

GUILLERMO TRÚNIGER & C. * BALMES, 7 * BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS SEÑORES **JORET-HOMOLLE**
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN